



## EL AFICIONADO

LA transformación de la fiesta de los toros de unos años a esta parte es evidente. Estaría fuera de lugar meterse en berenjenales explicativos de esta evolución, que ha afectado a sus propias entrañas. Vamos a hablar tan sólo de los aficionados, elemento muy particular e importante de las susodichas entrañas. Lo primero que haré notar es que su número ha descendido notablemente, mientras que aumentó también de manera señalada el de espectadores. Porque no es posible confundir a un aficionado con un espectador. Son especies completamente distintas, aunque se sienten juntos en el tendido de una plaza de toros. Son lo blanco y lo negro. Son la sabiduría y la ignorancia. Para llegar a merecer el título de aficionado se precisan cualidades que no todos los espectadores poseen. La primera de todas, naturalmente, constancia en la afición. Un auténtico aficionado no se pierde corrida, ni tampoco se aburre en ninguna. Es más, va a los toros no a divertirse. Va como a una cátedra, a escuchar el toreo. A escucharlo, sí. Esto es, a juzgarlo con las entendederas del alma, a desmenuzarlo con sus exigencias críticas, a exaltar o denigrar impulsado por la pasión. Porque niego de manera rotunda la existencia de verdaderos aficionados ecuanimes, imparciales, especie de magistrados, que dan a cada uno lo suyo, lo que es justo, lo que es de ley. Muchos blasonan de tales. Pero no les hagan caso. Rásqueseles un poquito la cáscara o esa máscara con que pretenden encubrir el apasionamiento, y éste aparecerá vivo y coleando. Y si así no sucede, catalogarlos entre los espectadores.

Llegar a ser un buen aficionado a toros es muy difícil. Conozco a algunos, setentones, que han visto morir a centenares y centenares de reses bravas y saben muy poco de toros. Fíjense que he dicho de toros. Porque aquí entra la complicación. El toro. A los toreros es más sencillo entenderlos. A los toros, no. La pelea de un toro en el ruedo tiene siempre matices y misterios que se escapan a la penetración de muchos que se consideran aficionados. Y todo lo que se hace en el toreo hay que calibrarlo en relación al toro. Esta es, asimismo, la razón del por qué existen tan escasísimos grandes toreros. Porque la mayoría desconocen al toro. No lo duden. De nada les ha servido a infinitos que se han vestido de luces atesorar condiciones patentes para triunfar. Estos, tarde o temprano, se han venido abajo porque no sabían lo que era un toro. Porque se equivocaban con él. Y el aficionado puede equivocarse, pero el torero en manera alguna.

De nada sirve el valor. El toro, aun el más manso, es más valiente que el hombre, o si lo preferís, más bruto que él. A un toro no se le puede reducir más que con técnica. Tampoco con arte. El arte es el complemento de la técnica. Muchísimos toreros dueños de gran sensibilidad artística se han malogrado por falta de técnica, por falta de conocimiento de los toros, de sus querencias, de sus resabios, de sus misterios. Porque un toro es un animal misterioso. A estas alturas todavía no sabemos la razón por la que embiste. Y este misterio es la desesperación, la cruz de los ganaderos. El toro de mejor nota, hijo de un semental de bandera y de una vaca calificada de superior por su actuación en la tiente y por la calidad de sus productos, flojea y se declara manso de solemnidad en el ruedo, y aquel de desecho, lidiado a remolque, por unas razones o por otras destapa una bravura excepcional. Un ganadero, aun el más acreditado, el más escrupuloso y entendido, jamás está seguro del resultado de una corrida. Por si esto fuera poco, durante su lidia, a pesar de que ésta, normalmente, no dura arriba de veinte minutos, cambia mucho. A la muleta no llega con las mismas características con que salió del chiquero. Y esto es lo que tiene que ver el torero y también el aficionado.

El público, la masa, puede juzgar y juzga a los toreros por su mayor o

menor lucimiento. El aficionado, no. El aficionado estima la labor del torero con arreglo al enemigo que tiene delante, y ante uno difícil no se le ocurrirá exigir al lidiador floreos y arreques. Y ante un toro noble, suave y sin peligro no se dejará alucinar por una faena simplemente bonita, pero carente de pureza y de envidia torera. A un buen aficionado nunca le puede equivocar un mal torero, aunque éste arranque ovaciones encendidas en la multitud ignara.

Como tampoco un aficionado de verdad se aventura a hacer profecías. Los que caen en esta debilidad están perdidos. El que afirma que un novillero por dos o tres tardes o toda una temporada afortunada será un gran torero, está perdido. Por sostener su profecía se enrola en la pasión, que ofusca y perturba cuando es ciega y sin fundamento firme. En esto sigo la opinión de uno de los mejores aficionados que trato, el cual dice: "Si quieres acertar de cien veces noventa y nueve, pronostica de todos los nuevos toreros que veas que no van a ser nada. Como un gran torero es difícilísimo que se cuaje, de cien veces te equivocas a lo sumo en uno. Y como este uno no cuenta, los otros noventa y nueve te acreditan de saber más de toros que Lagartijo".

De los que es preciso huir es de los aficionados pelmazos, que abundan bastante. Porque una cosa es que la afición sea algo serio y otra que se tome por la tremenda y se convierta en una cuestión personal cualquier discrepancia surgida en el tendido o en la tertulia del café. De ninguna discusión sale la luz, pero las taurinas permanecen de continuo en las más absolutas tinieblas. Todavía no se ha dado el caso de que un aficionado convenza a otro. Son inútiles las razones, y mucho más los gritos. Aquí sí que se puede aplicar eso de que cada loco con su tema.

¿Y aficionadas? ¿No hay aficionadas? Pues, no señor. Las mujeres hasta hace poco apenas iban a los toros. Ahora asisten como espectadoras y se dejan arrastrar por el entusiasmo colectivo, sin detenerse en análisis que se les escapan. Como la fiesta, por esa transformación de que hablábamos al principio, ha perdido bastante de lo que tenía antaño de tragedia, pueden presenciarla las mujercitas sin que padezca demasiado su espíritu apocado. Y eso que hace unas tardes, en una novillada, a mi lado, tres cubanas como tres soles morenos y blancos se pasaron las tres la corrida llorando a más y mejor. Los vecinos procuramos consolarlas.

—¿Por qué lloran—les preguntamos—si no han cogido a ningún torero?  
—Por si acaso—nos respondieron entre sollozos.

Los aficionados puros sufren mucho en las plazas. ¡Porque tienen que oír cada dislate y cada herejía! En los toros, como en todo, abundan las frases hechas, que se aplican vengan o no a cuento, y el que dice campanadamente una frase hecha cree de buena fe que se le ha ocurrido a él en ese mismo momento, y se mata con quien sea por sostenerla. Los buenos, buenos aficionados, no discuten con cualquiera. Se reservan para más altas empresas. Se reservan para doctorar ante un círculo de elegidos. Los buenos, buenos aficionados, en la plaza apenas comentan, entre otras razones porque están fumando un cigarro que les dura toda la corrida. No se concibe a un aficionado sin su grueso cigarro en la boca, lanzando el humo de su desdén sobre los juicios que escucha a su alrededor. El buen aficionado sólo se exalta en muy contados momentos, salvo aquellos que pretenden dirigir la lidia con sus gritos, proferidos desde su asiento, bien alejado del toro. Algunos dicen lo que tienen que hacer los toreros, en voz muy baja, en soliloquio íntimo. "Por ahí, no. ¡Con la derecha! Sácale a los medios. Así; eso es. ¡Por alto! ¡Dóblate con él!" Y la gozan a su modo.